

Introducción

Anna Estany
Àngel Puyol

La epidemiología social está en auge. La epidemiología es una rama de la medicina cuyo campo de estudio e intervención es la salud pública, y tiene por objetivo el estudio y la prevención de las enfermedades que afectan a las poblaciones humanas. Hasta ahora, dicho objetivo se ha centrado, casi exclusivamente, en los factores biológicos de las enfermedades, la exposición a los tóxicos o incluso las intervenciones en los estilos de vida personales relacionados con la salud. Pero, desde la aparición del Informe *Black* y del Informe *Whitehall*, en Reino Unido en los años setenta del siglo pasado, en los que se demostró que había una fuerte correlación positiva entre las desigualdades en salud y el estatus social de los enfermos, la epidemiología ha dado un auténtico giro copernicano a su manera tradicional de ser planteada. Además de los factores naturales y personales, ambos informes demuestran que los factores sociales condicionan enormemente la evolución de la salud de la población, y no solo porque la pobreza o la falta de acceso a una vida saludable perjudica a los más desfavorecidos, sino también porque la misma desigualdad social es una

causa de la desigualdad en salud. Incluso en personas con un acceso privilegiado a los medios de vida saludables, la desigualdad social existente entre ellos provoca desigualdad en la salud.

El Informe final elaborado por la Comisión sobre Determinantes Sociales de la Salud, publicado por la Organización Mundial de la Salud en 2008, no hace sino corroborar esa idea fundamental, y sus recomendaciones no dejan lugar a dudas sobre la estrecha relación que la salud pública tiene con los factores sociales y la desigualdad. Según dicho Informe, las principales medidas que los gobiernos deben tomar para mejorar la salud de la población son cuatro: 1) mejorar las condiciones de vida, especialmente en mujeres y niños, 2) luchar contra la distribución desigual del poder, el dinero y los recursos, promoviendo un sólido sector público comprometido, capaz y dotado de suficiente financiación, y 3) evaluar la magnitud global de la inequidad sanitaria, explicar a la población qué son los determinantes sociales de la salud e investigar más sobre todo ello en materia de salud pública.

Como se puede apreciar, dichas recomendaciones parecen más un manifiesto político que los consejos ordinarios de un médico o un epidemiólogo tradicional. Y aquí radica buena parte de la novedad y el interés del nuevo calificativo de *social* al lado de lo epidemiológico, una novedad e interés que no pueden ni deben pasar desapercibidos para la filosofía. Y no solo está implicada la filosofía moral y política, sino también la epistemología y la filosofía de la ciencia, ya que la imbricación de lo científico con lo ético y político abre, o reabre, un buen número de problemas epistemológicos alrededor, por ejemplo, del concepto de causalidad y del modo en que la ciencia genera conocimiento.

Este libro trata sobre las preguntas y los problemas filosóficos abiertos por la nueva epidemiología social, una tarea todavía incipiente pero que tiene por delante un camino fascinante por recorrer. Pocas veces encontramos una ciencia tan densamente entremezclada con lo social como en este caso, en que las fronteras entre lo descriptivo y lo normativo son tan porosas e imprecisas, en que difícilmente podemos lanzar una mirada neutral o libre de valores, éticos y epistemológicos a lo que pretendemos explicar. Con el libro, buscamos reformular las preguntas filosóficas clásicas sobre la importancia de la ciencia en la sociedad, y de la ética y la política en la ciencia, y sobre los problemas de la interdisciplinariedad

en la investigación científica, pero sobre todo aspiramos a realizar las preguntas filosóficas nuevas que aparecen con la irrupción de la epidemiología social; preguntas y cuestiones relacionadas, por ejemplo, con el papel de la justicia social en la investigación y la intervención médicas, con el enfoque ideológico de la epidemiología social o con el poder explicativo de la causalidad social en medicina.

El planteamiento de este trabajo es una muestra de que la atomización del saber, científico y filosófico, teórico y práctico, ha tocado fondo. Aristóteles tenía todo el saber en sus manos. Sin embargo, la continua especialización tanto de las ciencias como de la filosofía ha supuesto, por un lado, la posibilidad de conocer y explicar muchos más fenómenos y en mayor profundidad que Aristóteles, pero, por otro, hemos tenido que pagar el precio de la segmentación y de la dificultad de abordar los fenómenos de forma global. En las últimas décadas, parece que ha habido un punto de inflexión en este proceso atomizador. Una muestra de ello es que la idea de interdisciplinariedad ha ido calando en la forma de abordar fenómenos complejos como es el caso de la mayoría de las cuestiones que nos afectan actualmente. Una de esas cuestiones es la salud y la enfermedad frente a la cual no es posible una aproximación unilateral. Y en este marco está, muy especialmente, la epidemiología social y la relevancia de este libro.

De hecho, no se conoce una publicación en la literatura reciente, ni en lengua española ni en inglés, que aborde la cuestión que planteamos desde un enfoque interdisciplinar que aúne la epidemiología, la ética y la epistemología. Los diferentes textos que aquí hemos reunido provienen de especialistas en esos tres campos, además de en la salud comunitaria, la filosofía política y la filosofía de la ciencia; especialistas, todos ellos, que tienen, sin embargo, una vocación interdisciplinar, una idea clara de que la explicación de la realidad se debe abordar desde los métodos de la ciencia en comunión con los métodos de la interpretación filosófica, que lo descriptivo y lo normativo no siempre se pueden, o se deben, separar si queremos ofrecer una buena explicación global de lo que ocurre en la realidad y, sobre todo, si tenemos que intervenir en ella mejorando la salud de la comunidad, como ocurre con la epidemiología. Una de las cosas que la epidemiología social pone más en entredicho es la parcelación de los saberes, no ya solo de los saberes científicos puros en relación con los aplicados, sino también de todos estos en relación con los humanísticos.

Todos los autores del libro pertenecen al Grupo de Estudios Humanísticos para el Estudio de la Ciencia y la Tecnología, ubicado en el Departamento de Filosofía de la Universitat Autònoma de Barcelona, que integra tanto a filósofos de la moral, la política y la ciencia, como a médicos y epidemiólogos decididos a pensar en común los desafíos teóricos y prácticos de la ciencia aplicada, o de la ciencia de diseño, como algunos de nosotros caracterizamos a la epidemiología social.

Los tres primeros capítulos sitúan la epidemiología social en el campo disciplinar, abordándola desde perspectivas distintas, aunque complementarias. Miquel Porta, compilador del diccionario de epidemiología más importante del mundo, abre el debate con las preguntas filosóficas que se debería hacer un epidemiólogo consciente de los problemas teóricos de su especialidad y discute la inconveniencia de la separación de las disciplinas tanto en el enfoque de los problemas como en los intentos de aportar soluciones prácticas. Estas, las soluciones prácticas, deberían ser la piedra de toque, la condición de validez, de cualquier tipo de conocimiento que provenga de una ciencia aplicada, como es el caso de la epidemiología social.

Andreu Segura, epidemiólogo como Porta y antiguo presidente de la Sociedad Española de Epidemiología, indaga en la historia de la epidemiología para descubrir las razones que han llevado, no por casualidad, a refundar la disciplina con el calificativo de social. Según su enfoque, toda epidemiología es siempre social, aunque no es habitual que se reconozca como tal en la historia de la disciplina. El interés primordial de la epidemiología es la sociedad misma, la patología en el ámbito social, lo cual crea verdaderos quebraderos de cabeza para las mentes más científicas, obsesionadas por aislar lo biológico de lo social para no contaminar la supuesta pureza metodológica de la explicación científica. El verdadero reto para el conocimiento no es tanto lograr esa separación entre lo social y lo científico, a todas luces estéril en el campo de la epidemiología, cuanto dar con las fórmulas realmente prácticas que mejoren la salud comunitaria.

Anna Estany, desde la filosofía de la ciencia, considera que la epidemiología es una ciencia de diseño (al igual que las ingenierías, las ciencias de la educación, etc.) en el sentido de que su objetivo no es solo describir el mundo sino

transformarlo a partir de los conocimientos científicos disponibles en un momento determinado. Cuestiona que toda la epidemiología sea social, abogando por una aproximación interdisciplinar que integre todos los elementos que inciden en la salud y en la enfermedad. Propone el modelo de explicación de relevancia estadística de W. Salmon para analizar los determinantes sociales de la salud, a fin de analizar las causas sociales de las causas biológicas de la enfermedad.

Una vez situada la epidemiología social en el marco disciplinar y académico, siguen tres capítulos que plantean cuestiones epistemológicas abiertas por la epidemiología social. David Casacuberta plantea las cuestiones metodológicas en la epidemiología de los factores de riesgo, cuya forma de trabajar se fundamenta en el ensayo aleatorio. Sin embargo, tanto por razones prácticas como éticas, esta metodología no se ajusta bien a los objetivos de la epidemiología de factores de riesgo. El autor considera que la mejor opción para paliar estos problemas son las tecnologías digitales, analizando el papel de los *big data* en la investigación epidemiológica así como los posibles efectos colaterales negativos por lo que respecta a la privacidad. A pesar de ello, concluye que el *big data* podría transformar completamente la forma en que se hace epidemiología de factores de riesgo y ser una gran ayuda para la epidemiología social.

Jordi Vallverdú aborda el papel de la causalidad en los estudios epidemiológicos, con referencias a la noción de causa en la ciencia y en la filosofía. Analiza la evolución de causalidad desde el paradigma *monocausal* (de eficacia restringida) al *multicausal* con nuevos instrumentos. Una de las razones de este cambio de paradigma se debe a la complejidad de las enfermedades que ya no permiten trabajar con causas únicas. Ello no implica una deflación del concepto de causa, sino que lo que realmente ha cambiado ha sido el rango de herramientas con las que cuenta la epidemiología, permitiendo abordar conglomerados de variables, redes dentro de redes, a semejanza de un fractal donde cantidades masivas de datos permiten la emergencia de patrones causales.

Francesc Borrell-Carrió y Anna Estany introducen el debate epistemológico entre esencialistas, nominalistas y pragmáticos en la epidemiología social. Una de las cuestiones que se analiza es la definición de una entidad mórbida y las dificultades de los profesionales frente a las nuevas enfermedades, por ejemplo,

la Sensibilidad al Gluten No Celiaca (SGNC) o la fibromialgia. Los autores señalan que, en medicina, la enfermedad es un *constructo* con un componente esencialista difícil de ignorar, frente al cual tenemos un concepto de enfermedad pragmático-nominalista en que una multitud de causas desencadena cambios psicofisiológicos. Los autores concluyen que esta controversia esencialista-pragmática no tiene ni vencedores ni vencidos, sino que ambas deberían ser comprendidas e integradas en el tratamiento clínico de las enfermedades.

A las reflexiones epistemológicas, en el libro que presentamos les siguen las preguntas y los debates que la nueva epidemiología social abre en la ética. Ángel Puyol inicia su argumentación recordando el origen de la ética de la epidemiología y su evolución hasta llegar a los nuevos planteamientos éticos y políticos que suscita la epidemiología social. Posteriormente, muestra los diferentes modelos teóricos con que la ética puede abordar estas cuestiones y, al final, analiza la trascendencia de utilizar conceptos propios de la filosofía moral y política, como, por ejemplo, la justicia social y la solidaridad, en los análisis de la disciplina epidemiológica. Concluye su aportación resaltando las nuevas preguntas y los nuevos problemas éticos que traen consigo la aparición de los llamados determinantes sociales de la salud tanto en el estudio de la salud pública como en las políticas sociales y sanitarias que se derivan de su conocimiento.

Éric Arnau y Andreu Ballús se plantean, en su artículo, si puede seguir existiendo una autonomía de la epidemiología social como ciencia respecto de las consideraciones éticas, y su conclusión es que, ante la evidencia de que la frontera entre ciencia y ética se ha vuelto muy difusa en la nueva epidemiología social, se deben respetar ciertas reglas metodológicas para salvar a la ciencia del desastre de perder objetividad. Esas reglas de supervivencia pasan por la transparencia u honestidad en la investigación, el esfuerzo por no sucumbir a la trampa de que toda reflexión epidemiológica se vuelva ideológica, la necesidad de que los métodos de investigación científica propios de la epidemiología se mantengan en un plano asimétrico con respecto a sus implicaciones éticas y políticas, que las instituciones que generan ciencia no se mezclen con las que tienen un encargo directamente político y que exista un control externo para que esa separación institucional se respete.

Oriol Farrés, en su texto, asume que la epidemiología social pone en evidencia la imposibilidad de que se pueda hacer ciencia libre de valores, lo que convierte a la epidemiología en indisoluble de la ideología. Pero eso, lejos de ser un inconveniente indeseable, conlleva el efecto positivo de acercar la ciencia a los intereses de la gente y, si se sabe llevar bien, conduce a la tan a menudo ansiada democratización de la ciencia, en la que los expertos no dictan lo que supuestamente es real, sino que se limitan a persuadir a la ciudadanía sobre lo que debe contar como real y cómo abordarlo políticamente para que las vidas de todos mejoren. Con la constatación inequívoca de que una parte considerable de los argumentos científicos deben ser sometidos a escrutinio social, se abre la puerta a la democracia y se deja atrás la dictadura de los expertos. La epidemiología social es una invitación a esa renovación democrática de la ciencia y sus aplicaciones.

Los últimos tres capítulos analizan campos afines o relacionados con lo social desde la epidemiología. Podríamos decir que constituyen estudios de casos a la luz de la epidemiología social. Anna Quintanas aborda la cuestión de la epidemiología social desde la perspectiva de la biopolítica de origen foucaultiana. Como sabemos, Foucault impulsó, en los años sesenta del siglo pasado, el estudio de las relaciones entre el saber y el poder en el ámbito de la medicina. Pues bien, para Quintanas, si la epidemiología clásica o biologicista ha ignorado durante tanto tiempo la cuestión biopolítica, la aparición de la epidemiología social, en cuanto que social, es una oportunidad dorada para abandonar esa ceguera injustificada y tomar conciencia de las relaciones de poder que atraviesan las prácticas y los discursos de la ciencia médica.

Núria Estrach y Jordi Vallverdú abordan las enfermedades mentales desde la epidemiología social. Señalan el hecho de que los determinantes sociales de la salud no han tenido en cuenta su impacto en la salud mental, objetivo de este capítulo. Para ello recurren a un estudio de caso como es el efecto placebo a fin de reflexionar sobre la relación entre lo mental, la sanación y las psicoterapias. Concluyen que lo mental en la salud debe ser reconsiderado desde una perspectiva epidemiológica de sistemas que deposite una atención especial en lo mental. Así pues, la epidemiología social de las enfermedades mentales no solo comple-

menta a los enfoques médico-psiquiátricos tradicionales, sino que recoge algunos intentos subyacentes dentro de la propia tradición médica.

Desde el campo del derecho, Daniel Gamper analiza, en el último capítulo del libro, los problemas éticos y epistemológicos que aparecen cuando se encuentran la epidemiología y la ley. Eso ocurre en dos espacios diferentes. En el primero, el de las políticas públicas, los problemas sobrevienen cuando las autoridades tienen que legitimar la invasión de la libertad individual para proteger la salud de la población. La regulación legal de la salud pública enfrenta siempre a diversos intereses en juego y los discursos legales tienen que basarse en unas pruebas epidemiológicas que no siempre están en condiciones de ser completamente determinantes, lo que dificulta sobremanera la pretensión de validez del discurso legalista. En el segundo espacio, el de los juicios o litigios de responsabilidad civil, aparecen dos necesidades diferentes difíciles de casar: la epidemiología busca las causas del daño, mientras que los jueces esperan encontrar al culpable de dicho daño. Causa y culpa no siempre tienen puntos de encuentro, lo que no pocas veces obliga a retorcer argumentaciones tanto científicas como jurídicas que no benefician ni a uno ni a otro tipo de discurso.